



Estoicos, epicúreos y escépticos

Ya hemos dicho en el capítulo anterior que todo el oro de los Tolomeos no consiguió desarraigar de Atenas sus escuelas de filosofía. Atenas continuó siendo el centro más importante del pensamiento griego hasta la época romana. No en vano Sócrates había bebido en ella la cicuta; allí estaban abiertas todavía las escuelas fundadas por Platón y Aristóteles, y para los que no se hallaban de acuerdo con las enseñanzas de la Academia y del Liceo, habían aparecido otros dos grandes maestros, que, si no ense-

ñaban cosas del todo nuevas, al menos las exponían con gran originalidad y un fervoroso acento de convicción que era completamente "moderno". Estos dos nuevos maestros de Atenas, casi contemporáneos, eran Zenón el Estoico y Epicuro. Ambos tuvieron que resumir las ideas de los ilustres filósofos que les habían precedido para afirmar sus puntos de vista personales.

Antes de Alejandro, la filosofía griega se había preocupado casi únicamente de la composición física del mundo: ¿qué son la

Detalle de un grupo alegórico del río Nilo, obra helenística de notable influencia posterior (Museo Vaticano, Roma). Tras las conquistas de Alejandro, los centros de cultura quedaron desplazados a las nuevas capitales del helenismo y cambiaron los motivos artísticos.

Diógenes el Cínico buscando un hombre, según interpretación de G. B. Castiglione (Museo del Prado, Madrid). De las doctrinas cínicas, explicadas a Zenón por su primer maestro en Atenas, Crates, nació el estoicismo. Esta evolución doctrinal sólo puede explicarse merced a una mitigación de la altivez de los cínicos y a una acentuación de lo importante en la vida: que sea coherente y conforme a la naturaleza.

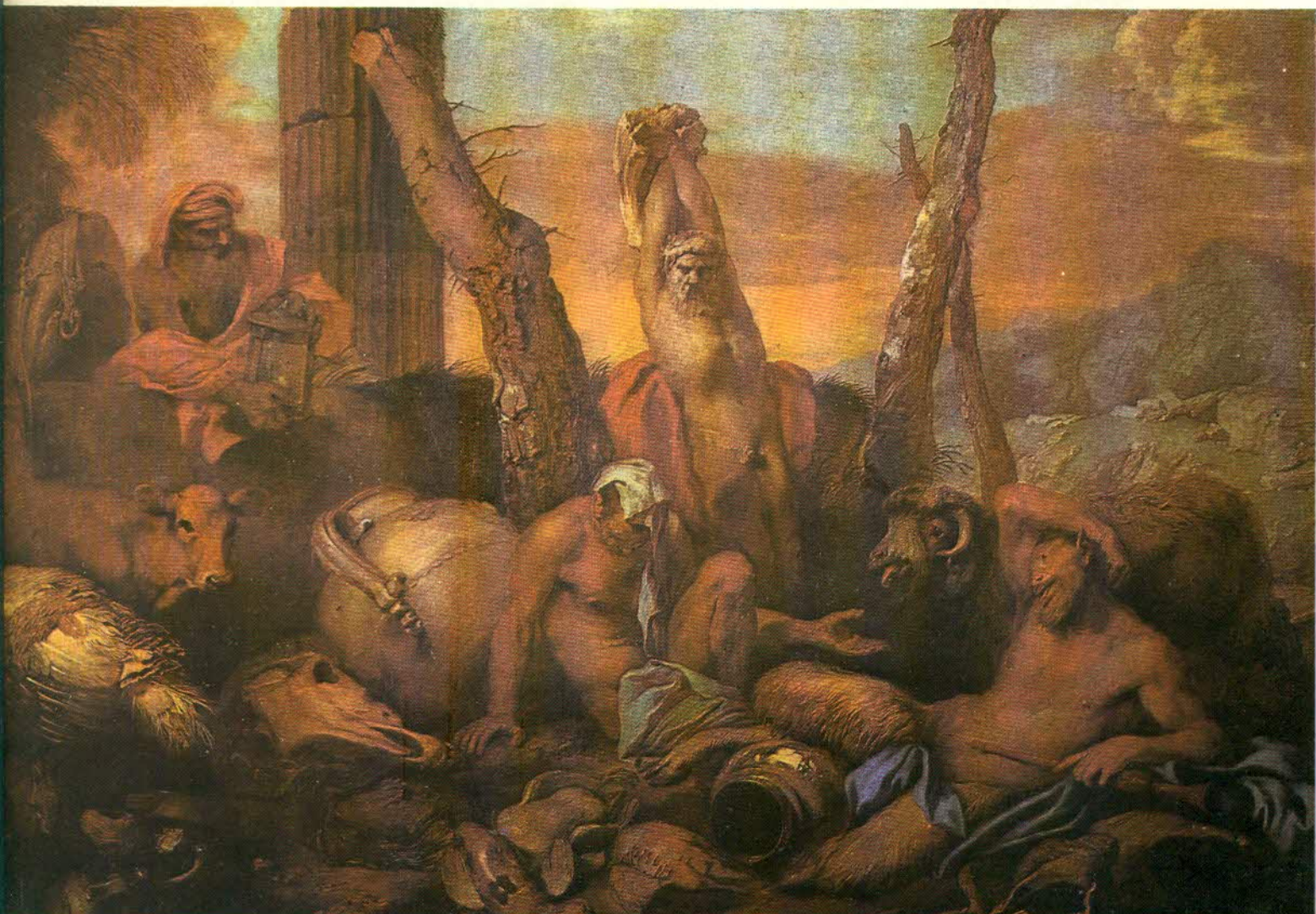
materia y la fuerza que la mueve y organiza? Un segundo problema, ya muy secundario, era el de la causa primera, suponiendo que ésta fuese exterior al universo, y en tercer lugar, el de las relaciones del hombre con los dos anteriores: cómo debemos vivir en armonía con lo que nos rodea y pagar al creador el debido tributo.

Hemos insistido en que el primer problema era el capital para los griegos, porque en esto se distinguían de los otros pueblos de la antigüedad y también de muchos de los modernos. Para gran número de nosotros todavía el sistema del mundo empieza con una proposición de fe; alguien, Dios, el Sumo Bien, lo creó y a Él debemos adoración... Cómo está constituido el universo parece secundario, dado que por medio de la fe podemos percibir la causa primera que obra en todas las cosas. Los griegos, en cambio, empezaron por analizar la estructura física de la creación; de moral no se preocuparon apenas los filósofos anteriores a Sócrates, y hasta Platón y Aristóteles no empezaron a discutir científicamente la existencia de un dios creador.

Por esto causa más sorpresa ver aparecer en Atenas una escuela de filosofía que basa su moral en la divinidad activa y presente en

toda la creación. El fundador de esta escuela se llamaba Zenón. Era un griego de Chipre, probablemente contaminado de semitismo, porque en Atenas, en un principio, le llamaban "el fenicio". Se dice que empezó su carrera ejerciendo de mercader, pero que habiendo perdido su fortuna en un naufragio, llegó a Atenas sin otros bienes que la ropa que llevaba puesta. Curioseando por la ciudad, entró en una tienda de libros y tomó al azar un manuscrito de Jenofonte, que resultó ser la apología de Sócrates. En cuanto lo hubo leído, comprendió que una vida filosófica podría hacerle innecesaria la fortuna que había perdido y preguntó al librero dónde podría encontrar gentes que viviesen como Sócrates había vivido. El librero le señaló a Crates, que en aquel momento pasaba por la calle; habiéndole llamado, Zenón le rogó que le tomara por discípulo.

Crates era el más original de los discípulos de Diógenes, y la influencia del gran cínico se percibe en las ideas de Zenón; pero se cree que éste, además, quiso conocer lo que había de aprovechable en las otras escuelas de Atenas y parece que frecuentó la Academia. Después de veinte años de estudio y meditación, el náufrago grecofenicio, convertido en filósofo, empezó a enseñar por



LA FILOSOFÍA POSTARISTOTÉLICA: ¿AVANCE O RETROCESO?

INTERPRETACIÓN NEGATIVA

"Después de Aristóteles, la filosofía griega pierde el carácter que había recibido de él y de Platón. Deja de ser explícitamente metafísica, para convertirse en simple especulación moral. No es que, en realidad, deje de ser ontología, pero cesa de ocuparse de un modo formal y temático de las cuestiones capitales de la metafísica. Después de una época de extraordinaria actividad en este sentido, viene una larga laguna filosófica, de esas que aparecen reiteradamente en la historia del pensamiento humano: la historia de la filosofía es, en un sentido, esencialmente discontinua. No quiere decir esto que deje de haber filosofía en esa larga época, sino que deja de ser filosofía auténticamente original y creadora y se convierte, en buena parte, en una labor de exégesis y comentario. Y al mismo tiempo aparece, como siempre en tales épocas, el tema del hombre como casi exclusivo de la filosofía. Se hace entonces, de modo principal, ética. Las cuestiones morales son las que tienen la primacía y, de un modo concreto, lo que se ha llamado ideal del sabio, del *sophós*" (J. MARÍAS).

"Algo semejante ha ocurrido, salvando las distancias, en el Renacimiento, en la época de la Ilustración, en el siglo XIX. El hombre en distintas formas, que pueden ir del humanismo a la "cultura", ha hecho su aparición en esos momentos que ha fallado la tensión metafísica, que la humanidad parece no poder sostener largo tiempo. La filosofía aparece en la historia concentrada en algunos espacios de tiempo, después de los cuales parece que se relaja y pierde por largos años su vigor y rigor. Esta estructura discontinua de la filosofía se hará patente del modo más claro a lo largo de este libro" (J. MARÍAS).

"Pero el más grave problema que plantean estas filosofías de la época helenística es éste: desde el punto de vista del saber, todas ellas —incluso la más valiosa, la estoica— son toscas, de escaso rigor intelectual, de muy cortos vuelos; no hay comparación posible entre ellas y la maravillosa especulación platónica-aristotélica, de portentosa agudeza y profundidad metafísica; y, sin embargo, el hecho histórico, de abrumadora evidencia, es que, a raíz de la muerte de Aristóteles, estas escuelas suplantaron su filosofía y logran una vigencia ininterrumpida durante cinco siglos. ¿Cómo es posible esto?" (J. MARÍAS).

"Estos últimos filósofos caen fuera de mi competencia; sólo los recuerdo porque no puedo resistir la tentación de completar una analogía... En la ciencia presocrática hemos visto algo parecido a la postura de una infancia maravillada y en algunas afirmaciones de los sofistas hemos notado el acento de una naciente rebelión contra la autoridad. Con Sócrates, Platón y Aristóteles, la filosofía griega creció hasta la madurez de una viril responsabilidad, hasta la plenitud de las facultades intelectuales. Pero la exuberancia del intelecto parece destinada a corromperse como la exuberancia de la fantasía creadora de mitos. Entonces sólo queda la filosofía de la vejez, la resignación a una decadencia que invade al mismo tiempo el jardín del placer y el desierto de la virtud" (CORNFORD).

INTERPRETACIÓN POSITIVA

"Pero la misma oposición entre Aristóteles y Platón, en vez de cerrar el camino a la búsqueda filosófica, suscita cuestiones cuya urgencia o carácter imperativo provocan respuestas sin duda menos elaboradas, pero capaces de despertar en el alma del filósofo ecos que los sistemas de Platón y Aristóteles no pueden crear. El hundimiento de la potencia ateniense, la subversión de la civilización alejandrina, acompañan una eclosión de nuevas inquietudes: la historia de la filosofía antigua está llena de cuestiones a las que el aristotelismo o el academicismo no podían aportar una respuesta definitiva" (J. P. DUMONT).

"Platón representa una reacción política a la cultura jónica, en defensa de los ideales de una ciudad-estado basada en la esclavitud, dividida en clases y chovinista, que ya se había convertido en un anacronismo. Mientras sus predecesores jónicos habían purificado, todo lo que debían, a la civilización del Próximo Oriente de todos sus caracteres de superstición y clericalismo, Platón tomó de los caldeos la fe en la divinidad de los astros, y de Egipto, un método de opresión espiritual. Sostuvo durante su vida una larga lucha contra todo lo que había de más vivo en la cultura griega: la poesía de Homero, la filosofía natural de Jonia, el drama de Atenas" (FARRINGTON).

"La conclusión definitiva de los estudios modernos es que la filosofía jónica no representa un movimiento casual, sino un proceso ordenado. Planteado, ante todo, el problema de dar una explicación racional del universo, se llega a su victoriosa solución con la elaboración del sistema atómico de Leucipo y Demócrito. El sistema de Heráclito, a pesar de su importancia, no fue más que uno de los muchos pasos dados sobre el camino que conduce a este puerto seguro; por ello, todas las escuelas posteriores que quisieron basarse en el sistema de Heráclito renunciaron automáticamente a recorrer todo el arco de la filosofía natural griega. Éste fue el defecto de los estoicos. Por parte de Epicuro, por el contrario, la elección del atomismo como base física de su sistema fue una gran prueba de competencia: fue la mejor que podía hacer un hombre que estuviese al corriente de toda la historia del pensamiento griego" (FARRINGTON).



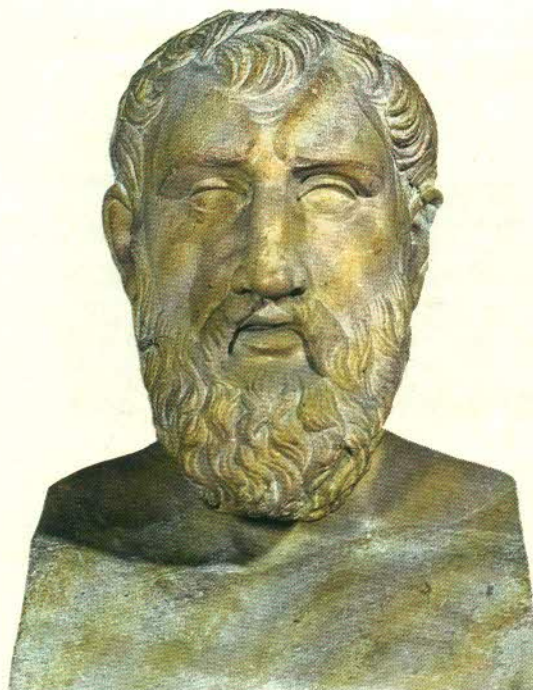
Estela funeraria procedente de Ilgios, de hacia 330 antes de J. C. (Museo Nacional, Atenas). La serenidad del joven y la actitud del anciano reflejan los ideales del estoicismo, doctrina que tuvo adeptos durante unos seis siglos y cuya influencia ha llegado a nosotros.

su cuenta. No creyó necesario establecer un centro escolástico, con local propio, sino que prefirió enseñar por la calle. Y como el lugar preferido por Zenón y sus discípulos era el pórtico del lado sur del Mercado, y pórtico en griego se llama *stoa*, por esto a los discípulos de Zenón se les llamó *estoicos*, y nos valemos de este nombre todavía para indicar una manera de pensar.

Durante treinta años, Zenón reunió a sus discípulos en el pórtico del Mercado; su vida

frugal, la nobleza de sus palabras —sin la ironía de Sócrates ni las inconveniencias de Diógenes—, le hicieron estimar por el pueblo de Atenas como el filósofo ideal. Actuó algunas veces como árbitro y juez. Era algo pequeño, al andar inclinaba la cabeza a un lado, y su piel, de color oscuro, nos hace pensar otra vez en su origen oriental. Murió en 264 a. de J. C., a la edad de setenta y siete años. No se ha conservado completo ninguno de sus escritos, que ejercieron una

Busto del filósofo Zenón (Museo del Capitolio, Roma). Natural de Chipre, llegó en 312 antes de J.C. a Atenas y, de acuerdo con los principios que guiaron su vida, se suicidó en 262. De características eclécticas al principio, debido a la variedad de influencias recibidas, su doctrina se fue precisando hasta la elaboración de enunciados concretos. En cuanto a la moral, enseñó que el estoico debe ser perfecto dueño de sí mismo y no realizar sino acciones virtuosas o, en caso de que sean indiferentes, justificables racionalmente.



influencia enorme en la antigüedad. Estoicos fueron el ya citado rey Cleomenes, que quiso reinstaurar el comunismo en Esparta; Séneca, Marco Aurelio y Epicteto; por los escritos de estos tardíos discípulos conocemos muchas ideas del maestro.

Para empezar, daremos al lector un extracto del más antiguo e importante documento que se ha conservado de la escuela del Pórtico. Es el famoso himno de Cleantes, el sucesor de Zenón, si alguien pudo calificarse de jefe de escuela entre los estoicos. Está dedicado a Zeus y empieza así:

“¡Oh glorioso señor, con mil nombres llamado! – Rey del universo, sin principio ni fin. – Omnipotente, que con justa medida – tú gobiernas el mundo. – Zeus, a quien acuden suplicando las criaturas todas. – *Nosotros solamente somos hijos tuyos* – y vamos por la tierra llevando tu imagen; – debemos, pues, con nuestros cánticos alabar tu poder...”

LA MORAL DE LA VIRTUD Y EL RIGOR: EL ESTOICISMO

Las escuelas filosóficas dominantes en la época helenística se plantean como problema central el de la conducta. ¿Qué ha de hacer el hombre para ser feliz? Las restantes cuestiones, tales como la explicación del conocimiento y la constitución del mundo material, giran en torno a aquella preocupación moral.

Muerto Alejandro Magno, el imperio por él creado y continuado por sus generales acaba con las tradiciones políticas de las pequeñas ciudades-estado. Los hombres libres ya no pueden inspirarse en ellas para saber cómo han de comportarse si quieren vivir decorosa y felizmente. Se sienten aislados y remitidos a su sola responsabilidad (individualismo). La filosofía ha de llenar este gran vacío y convertirse en guía de la vida humana.

Por esto, los estoicos interpretan la filosofía como un todo orgánico cuyas verdades, concebidas como fuerzas racionales explicativas, penetran a todo cuanto existe, a saber, el conocimiento, la realidad de las cosas y el comportamiento del hombre.

Al nacer, el alma humana es como una tabla rasa, un papel en blanco, en el cual se inscriben las sensaciones, señales dejadas por la acción de las cosas sobre los sentidos (sensualismo). La razón elabora las impresiones sensibles, que precisamente por ser el primer material del conocimiento se denominan *anticipaciones* (prolepsis).

De los estoicos procede el nombre de *comprensión* para indicar el conocimiento global y acabado de algo. En efecto, afirman que el saber procede de la reunión de las representaciones de un objeto que el alma capta o recoge conjuntamente (*com-*

prehensión). La representación completa de algo lo comprende (representación cataléptica) y lo muestra tal y como aparece, y así el alma termina el conocimiento mediante el *asentimiento* o afirmación de su verdad.

La parte de la filosofía que se refiere a la constitución de la realidad se denomina física. En toda cosa hay una materia pasiva y un factor activo, de manera análoga a lo que ocurre en los seres vivos, cuyo cuerpo está organizado y mantenido en vida por una alma. La fuerza que informa universalmente a la materia es el fuego.

Gracias a él, las cosas persisten consistentes y articuladas según una armonía que las vincula entre sí. El fuego es una energía racional, comparable a la fuerza germinativa de la semilla que preside el crecimiento de la planta y mantiene unidas sus ramas, tronco y raíces. Todo tiene, pues, su *razón seminal*, su energía vivificadora que ordena cada cosa en el conjunto de lo existente y la hace existir.

El estoicismo asegura, pues, que el mundo está regido por una razón inmutable y universal que preside eficazmente todo cuanto ocurre. Los procesos cósmicos se desarrollan en forma cíclica: lo que acontece una vez se vuelve a repetir indefinidamente, como pasa con el curso de los astros, que visiblemente desarrollan sus movimientos según períodos cerrados.

Nada sucede por azar. Todo está minuciosamente regido por una necesidad racional que recibe los nombres de Destino, Fatalidad (*Fatum*), Razón (*Logos*) o Dios, según se la considere (panteísmo).

La norma primera de la moral estoica es que el hombre ha de vivir en concordancia con la Naturaleza, que equivale,

según lo dicho, a la Razón cósmica. Las cosas externas y las acciones de los demás nos afectan y producen, como es obvio, placer o dolor. Si sucumbimos al sufrimiento o al goce, cedemos a la pasión, es decir, perdemos la dirección racional de nuestra conducta y somos llevados “pasivamente” por factores que atentan a nuestra dignidad. En cambio, si a pesar del placer o del dolor orientamos nuestra conducta según la razón, conservamos la autoridad sobre nosotros mismos. En esta participación activa de nuestra razón directriz en la razón universal está la fuerza o *virtus* del hombre bueno, porque es sabio y obra según su saber.

La virtud, pues, estriba en la impassibilidad (*apatía*), en el mantenerse firme y riguroso frente a la flaqueza de los sentidos. Por ello el placer no puede ser el criterio de la conducta buena; más bien es su principal obstáculo. La virtud es una sola, a saber, el asentimiento firme a todo cuanto ocurre, porque todo está regido por la razón. El sabio puede y debe tenerse por igual a Dios: entre su razón personal y el Destino hay perfecta correspondencia. La felicidad no se sigue de esta actitud como una compensación o un premio que sanciona la conducta, sino que es idéntica a la virtud en cuanto tensa concordancia con la Razón.

Una vez polarizada e inserta la conducta en la razón, todo lo demás, riqueza, salud, fuerza, etc., y sus contrarios son absolutamente indiferentes. Los supuestos males más bien son medios adecuados para poner a prueba la virtud del sabio, y en cuanto tales, son aceptables y buenos.

F. G.

EPICUREOS Y ESTOICOS: IDEAS Y TEXTOS POLITICOS

En el mundo helenístico, los filósofos como los demás hombres han aceptado ya la desaparición de la ciudad-estado, marco material, intelectual y político en que se ha desarrollado su acción hasta ahora. El vacío subsiguiente a esta desaparición, las turbulencias de la época, la inanidad de los magistrados frente a los gestos de fuerza de los tiranos o los monarcas divinizados, retrajeron a las gentes de la actividad política. Los filósofos emprendían "la huida de la ciudad", que ya Platón había previsto como una de las alternativas del sabio.

Pero precisamente esta actitud de desprecio hacia la política, de no querer ocuparse de los asuntos de la ciudad, de rechazar toda especulación referida al gobierno de la misma, es ya una actitud política y de hecho, en los distintos fragmentos que han llegado a nosotros de escritores epicúreos o estoicos, pueden recogerse algunas ideas políticas adecuadas estrechamente a las exigencias del momento histórico.

Frente a los sofistas, que habían presentado las leyes como convenciones opuestas a la naturaleza, y por ello injustas, estoicos y epicúreos restauran el valor de la ley, considerándola los primeros surgida de la sociedad, a la que los hombres tienden por naturaleza, y por ello justa en sí misma, y creyendo los segundos que, habiéndose producido en los principios de la historia un "pacto" entre los hombres para vivir reunidos, la ley surgió entonces como fijación de lo que debía evitarse para no perjudicar a los demás y que en esta formulación de lo útil que es la ley continuamente renovada, según las circunstancias de la comunidad, se halla su justicia.

"La justicia no tiene existencia por sí misma, sino que se halla siempre en las relaciones recíprocas, en cualquier lugar y tiempo en que exista un pacto de no producir ni sufrir daño." "Entre los animales que no pudieron hacer pactos para no provocar ni sufrir daños no existe justo ni injusto; y así lo mismo sucede entre los pueblos que no pudieron o no quisieron concluir pactos para no dañarse" (Epicuro).

"Porque nadie quiere llevar la vida en la más desierta soledad, ni aun con infinita abundancia de placeres, es fácil entender que hemos nacido para la junción y asociación de los hombres y para la natural comunidad... Pues si no fuere así, no habría puesto para la justicia y para la bondad... Y como tal es la naturaleza del hombre, que existe entre él y el género humano una especie de derecho social, quien lo observa es justo, e injusto quien lo infringe" (Cicerón, "De finibus").

"En la esencia común, lo justo es lo mismo para todos, pues es algo útil en la recíproca convivencia; pero, según las particularidades de los lugares y de las causas y de todas las demás circunstancias, resulta que el derecho no es lo mismo para todos." "De las normas prescritas como justas, lo que es considerado útil en las necesidades de la recíproca convivencia tiene el carácter de lo justo, aunque no resulte igual para todos los casos..." (Epicuro).

"La ley es reina de todas las acciones divinas y humanas y es necesario que sobrentienda las cosas bellas y feas, y gobierne y guíe, y de acuerdo con ello sea regla de lo justo y de lo injusto, y, para aquellos animales que son sociales por naturaleza, tenga imperio sobre lo que se debe hacer y prohíba lo que no debe hacerse" (Crisipo, "De la ley").

El ideal de vida del sabio ya no tiene que ver con la ciudad; estamos muy lejos de aquel principio platónico según el cual el hombre justo sólo es posible en la ciudad justa; el concepto de libertad como independencia y autonomía frente a todas aquellas instituciones que no sean las de la propia ciudad en las que uno participa personalmente, aquella idea de libertad que está en la base de la lucha contra los persas y de la misma guerra del Peloponeso se ha perdido definitivamente; la libertad interior, un dato de la conciencia, es lo que cuenta ahora.

"Así, pues, el sabio es un hombre libre: se ha liberado de toda idea de necesidad, se ha liberado de los demás, es un ser sin dueño (adesptos), que se basta a sí mismo y posee plenamente la autarquía" (Braun).

"Únicamente el sabio es libre, y los malvados son esclavos; pues la libertad es un poder de obrar de acuerdo con la manera propia; la esclavitud es la privación de tal capacidad" (Diógenes Laercio, "Diez libros sobre la vida y las sentencias de los filósofos ilustres").

Si por la restauración del valor de la ley de la adhesión que le es debida y por el abandono de las libertades exteriores para reducirse a la libertad íntima los filósofos epicúreos y estoicos no hacían sino racionalizar una actitud que las realidades contemporáneas habían obligado a tomar a todos los hombres, los estoicos serán también quienes formulen la teoría del cosmopolitismo —mi patria, el mundo— necesaria a unos estados en los que viven hombres de diversas nacionalidades y a una época en la que los conflictos y guerras han enseñado a morir a los hombres por muchas otras razones que no la de la defensa de la tierra de sus padres.

"Zenón escribió una "República" muy admirada, cuyo principio es que los hombres no deben separarse en ciudades y pueblos que tengan cada uno sus leyes particulares, pues todos los hombres son conciudadanos, ya que para ellos existe una sola vida y un solo orden de cosas. Lo que Zenón escribió lo realizó Alejandro... Zenón escribió esto, considerándolo como imagen ideal de buena legislación filosófica y del estado" (Plutarco, "De la fortuna de Alejandro").

Estatua acéfala del filósofo Zenón (Museo Barracco, Roma). Su vestimenta es la adecuada para su forma de enseñar al aire libre bajo los pórticos del Mercado de Atenas. El manto, llamado "himatión" por los griegos, era una prenda civil de múltiples usos. Aquí deja al descubierto el hombro y brazo derechos, rodeando la cintura hasta quedar sujeto por el brazo izquierdo. Se llevaba, bien sobre una túnica larga o sobre el cuerpo desnudo.



Y aquí hay que suspender nuestro relato y descubrimos con respeto. Hemos llegado a un momento solemne de la Historia. El himno de Cleantes es una cumbre del espíritu humano, en la que dos grandes culturas llegan a encontrarse. Las palabras de Cleanthes fueron recordadas por San Pablo en su discurso en Atenas. Donde habían enseñado

los filósofos, predicó el judío cristiano con las palabras de Cleanthes. Leemos en el capítulo XVII de las *Actas de los Apóstoles*: "Y ciertos filósofos estoicos y epicúreos encontraron a Pablo y se dijeron: —¿De qué charla este hablador?—. Y Pablo les contestó, recordándoles, entre otras cosas, el verso que hemos subrayado del himno de Cleanthes:



Relieve con escena de banquete procedente de Assos, en el Asia Menor, frente a las costas de Lesbos (Museo del Louvre, París). De esta insignificante ciudad de la Misia era natural Cleantes, discípulo y sucesor de Zenón, autor de un himno a Zeus en donde afirma que el destino es el divino ordenador del mundo y que se le debe plena sumisión.

“Porque, como dijeron algunos de vuestros poetas: *Nosotros somos hijos tuyos*”, lo que quiere decir, según San Pablo, hijos de Dios.

Las consecuencias que saca Pablo de Tarso de esta afirmación son muy distintas de las consecuencias que sacó Cleantes. Por de pronto, Cleantes añade en seguida que los cielos rodean la tierra siguiendo los designios de Zeus, quien tiene en la mano el fuego que anima la naturaleza, el fuego, que es el agente del *logos* o entendimiento, y circula por el universo y da luz a las estrellas... La reminiscencia de las ideas de Heráclito, que el fuego es el principio de todo y está en el entendimiento, alma de las cosas, resulta evidente en el himno de Cleantes. Todo es armónico para Dios, pero el hombre, perverso, no lo comprende —continúa diciendo Cleantes—; “tiene ojos y no ve, tiene oídos y no oye”. En cambio, los que van guiados por la razón, reverencian la ley universal de Dios y encuentran la felicidad. Los otros, sin raciocinio, prosiguen las diversas maneras del error, quieren por vanidad hacerse famosos o ricos; se entregan a la lujuria, y hoy aquí, mañana allí, se pierden buscando el bien y encontrando sólo el mal. Cleantes acaba con una súplica a Zeus para que salve a “sus hijos” por medio del conocimiento.

El himno de Cleantes nos da una pauta para entender los mutilados fragmentos de Zenón; Crisipo —otro discípulo suyo de la primera generación y aun del propio Cleantes— dice que Dios no es el universo, pero que está en el universo. Es el fuego, o espíritu, que lo anima todo, y lo anima cons-

cientemente y obedeciendo a un plan. Si nos limitamos a vivir “como Dios manda”, que para los estoicos es vivir conforme a nuestra naturaleza humana, conseguiremos el máximo de felicidad que podemos lograr en esta vida; mas para vivir conforme a la ley natural, hemos de conocer el plan de Dios actuando con la naturaleza; Cleantes lo dice bien claro: sólo por medio del conocimiento, los hombres, hijos de Dios, pueden salvarse. Por eso los estoicos pretendían analizar el plan de la creación, y aunque no lanzaron ninguna nueva hipótesis, comentaron originalmente el sistema que entonces parecía más científico: el atomismo de Demócrito. Los átomos, en número y cantidad fijos, cambian de estructura y posición según el designio divino; pero además Dios —el *logos*, el fuego, el espíritu, el entendimiento— está en ellos, se difunde en ellos, sin confundirse con ellos.

Hay que imaginar al grecofenicio Zenón pisando el pórtico del Mercado de Atenas, respirando el aire saturado de sol, fijándose en cada cosa para preguntarse qué es lo que la hacía tan diferente. Recordaría la idea de Leucipo de que todo está formado por átomos o corpúsculos indivisibles y la solución de Demócrito de que aquellos átomos se reúnen movidos por el fuego, que es el elemento activador. Lo que añadió Zenón a la doble doctrina de Leucipo y Demócrito es que el elemento divino que mueve los átomos, o sea el fuego, ha de tener conciencia y voluntad, puesto que las tenemos sus criaturas. Cicerón, que era estoico de convicción, lo precisa en estos términos: “Nada que esté

falto de conciencia y de razón podría engendrar seres provistos de conciencia y razón; por consiguiente, el universo, el Todo, está dotado de razón" (*De natura deorum*, II, 22).

En consecuencia, ¿qué será el culto, la religión, para un estoico a partir de Zenón? Pues veneración hacia todo lo que existe, en la forma que le ha señalado Dios. Y bastará un altar sin imagen, un lugar de meditación.

Un problema trascendental se presenta en seguida, un problema que atormentó a los últimos estoicos, como Marco Aurelio y Epicteto. Sí; hemos de vivir conforme a las leyes naturales, pero ¿el error y el mal no son también cosas naturales y, por tanto, divinas? Esta dificultad fue resuelta por la Iglesia cristiana según la fórmula de San Pablo: "El mal está en mí", es extraño a Dios. Algunos filósofos modernos han pretendido hallar una explicación para la presencia del mal sobre la tierra diciendo que el mal no existe y que es sólo la ausencia o



El filósofo Crisipo (Uffizi, Florencia), figura máxima del estoicismo, que sucedió a Cleantes en la dirección de aquella escuela desde 232 a 204 a. de J. C. En defensa contra apremiantes objeciones escribió numerosos tratados, de los que sólo se conservan algunos fragmentos, sobre el método dialéctico y el problema de las relaciones entre libertad y destino.

EL HEDONISMO DE EPICURO

Los individuos y las colectividades, cuando pasan por una fase de madurez otoñal, de refinamiento decadente, acostumbra replegar sus energías creadoras y se retraen en el goce moroso de lo más inmediato. Abdican de sus proyectos ambiciosos y se complacen en la delectación de los bienes humildes, naturales, que en una época de más empuje habrían sido sacrificados a mayores riesgos y aventuras.

La versión helenística de esta actitud fue el epicureísmo, doctrina según la cual el hombre ha de buscar los placeres tranquilos, serenos, que ofrece la vida sencilla, la amistad y la contemplación de la belleza.

La función del saber es más bien negativa. La filosofía renunciará a proponer nuevas interpretaciones de la realidad, de carácter desinteresado y teórico. Su misión es otra: desmontar las supersticiones angustiosas, desvanecer los temores agobiantes del dolor y de la muerte, tranquilizar al hombre y conseguir que se contente con la brevedad de su vida y la fugacidad de sus leves momentos de bienestar. La mayor parte de los males humanos se deben a las imágenes que engendra el miedo o el afán y que pueblan los huecos de la existencia: los fantasmas de los sueños, las amenazas de una justicia ultraterrena, la inexorabilidad del destino, el desengaño y el desánimo por los objetivos no logrados. Si la filosofía consigue hacer ver la inanidad de todos estos espectros ilusorios, el hombre liberado por ella será feliz.

Los epicúreos denominan *Canónica* la parte de la filosofía que da reglas (cánones) para determinar el valor de los conocimientos. Las cosas mandan a los sentidos unos efluvios que reproducen exactamente

su aspecto exterior y por esto se llaman *eidola*, imágenes o simulacros. No hay otro medio de conocer que la sensación y ésta es siempre verdadera. Si algunas veces erramos es porque corregimos o interpretamos las sensaciones y pretendemos completar lo que nos es ofrecido. Ya se comprende que, aplicando con rigor este criterio sensualista, toda realidad conocida ha de ser por fuerza material y natural, si no, ¿cómo podría impresionar a los sentidos?

Sólo existen, pues, los cuerpos y el espacio que los contiene. Aquéllos están compuestos de una multiplicidad de pequeñas partículas que, por ser indivisibles, se llaman átomos. Todas las cosas están constituidas por un número muy grande, pero finito, de átomos.

El origen del mundo actual, distribuido en múltiples cuerpos, visibles y tangibles, se explica de la siguiente forma: en el comienzo había un vacío inmenso, infinito. En él caen verticalmente los átomos, como una densa lluvia primigenia. Los átomos presentan formas diversas: los hay esféricos, ganchudos, filamentosos, irregulares, etc. Todos caen a igual velocidad, pero algunos de ellos, "por azar", se desvían de su verticalidad y en su nueva dirección oblicua chocan con los que descienden rectos, a su lado. Así se producen pequeñas aglomeraciones que van aumentando de tamaño y llegan a constituir cuerpos tan grandes como la Tierra y las cosas que ésta soporta.

Hay que observar que la desviación (*clinamen*), origen de todo, se debe a la casualidad. No hay que temer, pues, a un destino ni a un Dios providente que de antemano hubiera dispuesto la existencia

y el curso de los acontecimientos. No existe una fatalidad que predetermine lo que va a ocurrir y haga inútiles nuestros esfuerzos. El hombre puede confiar en lo inesperado y en la eficacia de sus actos. Lucrecio en su poema *De rerum natura* expuso el sentido humano de esta hipótesis cosmogónica.

La moral constituye la culminación del epicureísmo. Si sólo existe lo material, si lo que llamamos alma es una corriente de átomos sutiles, ígneos, que dan vida al cuerpo, si no hay una vida ultraterrena, es perfectamente coherente sostener que el máximo bien y el supremo criterio de lo bueno sea el placer (*hedonismo*). Efectivamente, por naturaleza, el placer es atractivo y el dolor es repulsivo. Observemos la conducta animal, no deformada por las convenciones, y veremos como se cumple este aserto.

Pero el placer ha de ser humano y esto quiere decir primeramente que ha de ser apreciado más por su pureza, por no estar contaminado de dolor, que por su intensidad. No es que haya placeres espirituales, pero sí hay placeres que tranquilizan, que equilibran. Tales son los *naturales* y *necesarios*, que se obtienen al satisfacer con sobriedad una necesidad orgánica, hambre o sed. Igualmente, la contemplación de la belleza y, sobre todo, el disfrute de una auténtica y fiel amistad. El sabio, según Epicuro, ha de buscar en el placer la *ataraxia* o imperturbabilidad. En ningún caso debe esclavizarse a él, sino incorporar el estado placentero a su sereno e imperturbable dominio de sí mismo. Si así lo hace, el goce será una forma superior de lucidez y de conocimiento.

F. G.

ESTOICOS Y EPICUREOS: SOBRE LA FILOSOFIA, SU CONTENIDO Y EL IDEAL DE VIDA FILOSOFICO

DEFINICION Y UTILIDAD DE LA FILOSOFIA EN LA ESCUELA EPICUREA Y ESTOICA

"En la filosofía se convierten en predominantes las tendencias, propias ya de las escuelas socráticas cínica y cirenaica, de buscar en ella la regla de vida capaz de dar al individuo el logro del bien. En Platón y Aristóteles, la ética tendió a representar, en forma conexa con la política, el coronamiento del edificio especulativo; ahora, en cambio, después de la disolución de la polis, el filósofo no siente más en sí al ciudadano con sus deberes hacia el estado, sino al individuo que busca la felicidad o serenidad del espíritu por sí mismo. Y esto se convierte en el ideal del sabio, a quien los problemas del ser y del conocer interesan solamente como subordinados y adecuados para servir al problema del sumo bien" (R. MONDOLFO).

"Nadie dilate el filosofar de joven ni se canse de hacerlo de viejo; pues nadie es nunca poco maduro ni muy maduro para conquistar la salud del alma. Y quien dice que la hora de filosofar no le ha llegado aún o ha pasado, ya se asemeja a quien dice que todavía no le ha llegado la hora de ser feliz" (Epicuro, "Carta a Meneceo"). "Así como, en efecto, la medicina no beneficia en nada si no libera de los males al cuerpo, así tampoco la filosofía si no libera de las pasiones al alma" (id.).

"La sabiduría es el bien perfecto del alma humana; la filosofía es amor e imitación de la sabiduría" (Séneca, Epístola 89). "La filosofía es estudio de la virtud, pero por medio de la virtud misma, pues no puede haber ni virtud sin el estudio de sí misma, ni estudio de la virtud sin ella misma" (id.).

EL CONTENIDO DE LA FILOSOFIA SEGUN LA ESCUELA EPICUREA Y LA ESTOICA

"En la filosofía, Epicuro distingue tres partes: la canónica, que es el fundamento de la ciencia y nos enseña los medios de que disponemos para distinguir lo verdadero de lo falso; la física, que trata de la generación, la corrupción y la naturaleza de las cosas; la ética, que nos enseña qué cosas debemos obtener y qué cosas debemos rechazar para vivir una vida feliz" (BRUN).

"Por la misma causa, también la filosofía está dividida en tres partes: física, ética y lógica... Comparan la filosofía a un animal, asimilando la lógica a los huesos y a los tendones; la ética, a las partes más carnosas; la física, al alma... Y ninguna de ellas se debe anteponer a la otra, sino que se hallan compenetradas entre ellas, aunque algunos dicen lo contrario..." (Diógenes Laercio, "Diez libros sobre la vida y las sentencias de los filósofos ilustres").

LA ETICA IMPLICA UNA FISICA

"De todas formas, para el sabio estoico como para el sabio epicúreo, esta concordancia entre el hombre y la naturaleza implica que aquél conozca a ésta, y por ello, en el punto de partida de dos actitudes filosóficas tan diferentes, se encuentra la misma idea: la sabiduría del hombre es un equilibrio que reposa sobre un saber; en consecuencia, la ética implica una física, es decir, como indica la etimología de la palabra "física", un conocimiento de la naturaleza —en griego, "fisis"—, que permita al hombre poner de acuerdo sus acciones con el orden universal" (BRUN).

"Si no nos turbase el pensamiento de las cosas celestes y el de que la muerte significa algo para nosotros y el no conocer los límites del dolor y de los deseos, no tendríamos necesidad de la ciencia de la naturaleza. No puede alejar el temor para lo que más tomamos a pecho quien no sepa cuál es la naturaleza del todo y tenga la preocupación de la mitología. Por eso, sin la ciencia de la naturaleza no se pueden gozar placeres puros" (Epicuro).

"Pues fuera de Dios y de la naturaleza universal, no es posible encontrar otro principio y otra generación de justicia... Las virtudes, ni la felicidad, de otra manera, ni de un modo más apropiado, sino de la naturaleza común y del gobierno del universo, y la especulación física no nos son necesarias para otro fin, sino para la distinción de los bienes y de los males" (Plutarco, "Sobre las paradojas de los estoicos").

LA LOGICA Y TEORIA DEL CONOCIMIENTO

"La canónica se ocupa del criterio, de los principios y de aquello que es elemental. F. Thomas ha pretendido que la canónica de Epicuro correspondía a lo que los filósofos anteriores llamaban lógica y que en ella se encuentran las nociones correspondientes a las que aquéllos utilizaban; esta visión ignora a la vez el sentido de la canónica de Epicuro y el espíritu que anima su filosofía. En efecto, la canónica de Epicuro no puede ser de ninguna manera comparada a la dialéctica platónica, a la lógica aristotélica o a la de los estoicos" (BRUN).

Ésta, la lógica de los estoicos, se distinguía de la lógica aristotélica en que estudiaba la implicación de las relaciones temporales; saber si los acontecimientos están ligados los unos a los otros es comenzar a comprender que nada en el universo ocurre por azar, sino que todo está ligado por lazos de simpatía, de connaturalidad, lazos cuyo conocimiento debe invitarnos a descubrir la providencia en todo lo que acontece y la sabiduría divina y la razón absoluta que ésta implica.

EL IDEAL DE VIDA DEL SABIO SEGUN LA ESCUELA EPICUREA Y LA ESCUELA ESTOICA

"Estoicos y epicúreos emplean una misma palabra para caracterizar la actitud del sabio: "ataraxia", ausencia de turbaciones, pero mientras para los primeros esta ausencia de turbaciones obedece a una lógica y a una física que nos enseñan cómo las cosas y los seres están ligados entre sí por un nudo de causas que dependen de Dios, para los segundos la ausencia de turbación nace de la sola idea de que todo en el mundo es explicable sin presuponer una intervención de fuerzas desconocidas o de los dioses" (BRUN).

"Llamamos al placer principio y fin del vivir feliz. En efecto, sabemos que es el bien primero e innato, y que de él derivamos toda elección o rechazo y llegamos a él valorizando todo bien con el criterio del efecto que nos produce" (Epicuro, "Carta a Meneceo").

"El vivir conforme a la virtud equivale al vivir según la experiencia de los sucesos naturales, como dice Crisipo en el libro I de los "Fines", pues nuestras naturalezas forman parte de la naturaleza universal. Por eso el vivir conforme a la naturaleza deviene fin, que es según la propia naturaleza y según la del todo, debiendo abstenerse de todo lo que suele vedar la ley común, que es la recta razón que se extiende por todas las cosas, idéntica a Zeus, que gobierna el orden de todas las cosas..." (Diógenes Laercio, "Diez libros...").

"Ni la posesión de las riquezas, ni la abundancia de las cosas, ni la obtención de cargos o el poder producen la felicidad y la bienaventuranza, sino la ausencia de dolores, la moderación en los afectos y la disposición de espíritu que se mantenga en los límites impuestos por la naturaleza" (Epicuro).

"Aquel, pues, quienquiera que sea, que por moderación y firmeza se halle con el ánimo tranquilo y en armonía consigo mismo, ni se consuma por molestias, ni se encuentre enervado por el temor, ni arda de deseo ardiente de codicia, ni se consuma en alborozarse con fútil vivacidad, ése es el sabio que buscamos, ése es feliz" (Cicerón, "Quaestiones Tusculanae").



carencia del bien. Los estoicos no trataron de evadir esta dificultad, pero tampoco la resolvieron sino a medias. El mal existe, pero lo que parece malo para una parte de la creación, o para un individuo, no lo es para la naturaleza toda. El himno de Cleantes lo dice bien claro: todo es armónico para Dios. "Tú sabes hacer parejo lo que era impar, —ordenar lo que estaba desordenado; —tú has mezclado el bien y el mal de tal manera— que el conjunto forma un todo razonable y eterno." "Esculapio —dice Marco Aurelio— me prescribe ejercicios, baños y caminar descalzo. La naturaleza a veces ordena enfermedad, traumas y amputación..." "¿Quién se quejará de uno que pegue a un árbol para que caiga fruto? Al médico no le extrañan los casos de fiebre, ni al piloto los vientos contrarios." Terremotos, guerras y desastres son para el bien universal, aunque nos perjudiquen de momento. Ya se comprende, pues, cuál será la conducta prescrita por los estoicos. Como somos una parte del gran todo, tratemos de llenar nuestro hueco, y si en el concierto del universo nos ha tocado en suerte la enfermedad, no nos quejemos; por fortuna, podemos conocer que nuestro daño no es más que una saludable sangría, necesaria al plan de la creación. Pues nuestra vida individual, buena o mala, ha de ser tan

corta, ¿para qué cubrirse uno de ludibrio quejándose por tan poca cosa?

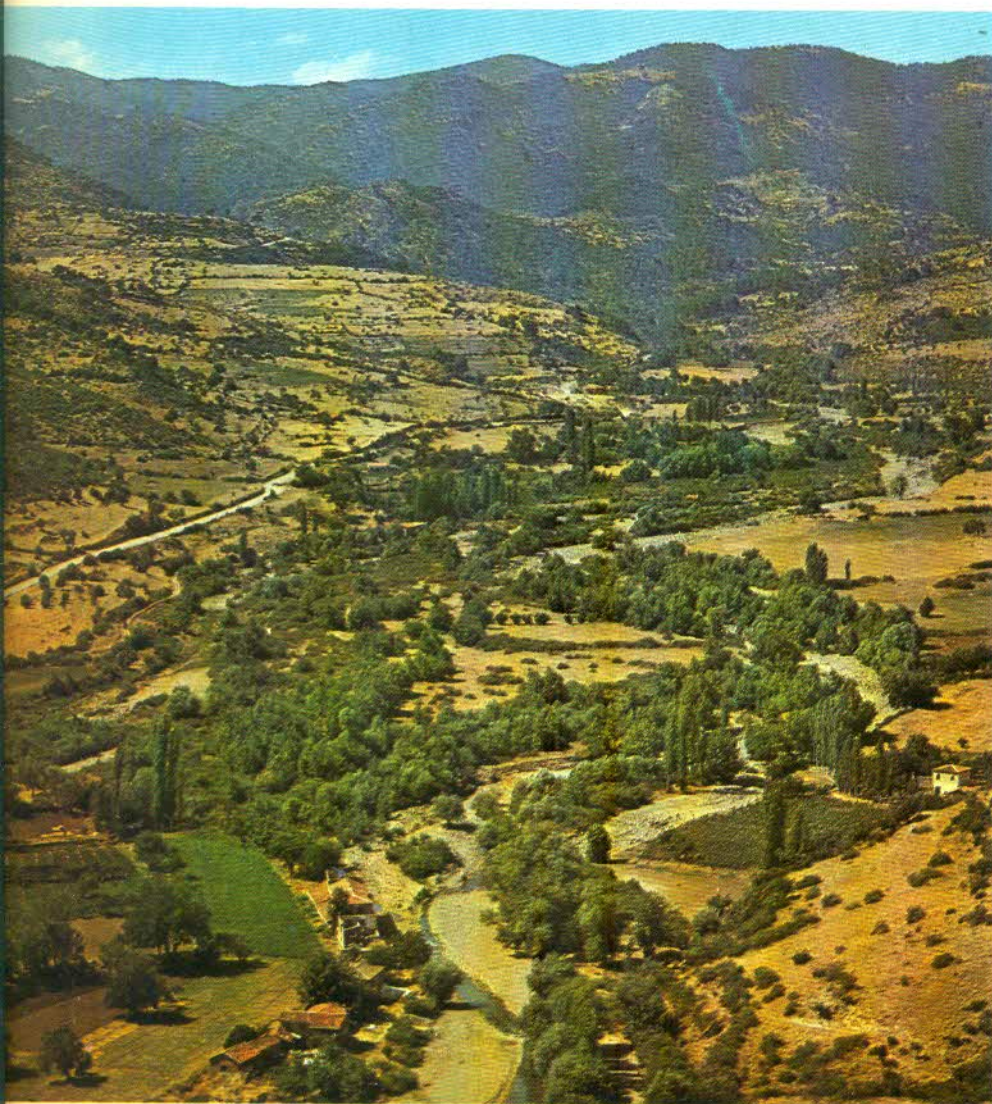
En contraste con Zenón y la escuela del Pórtico se ha puesto siempre a Epicuro y su escuela. Y, en realidad, no hay gran diferencia en los resultados, o sea en su moral; lo que distingue a estoicos de epicúreos son tan sólo las razones que los han impulsado a seguir una misma regla de conducta.

Epicuro era un ateniense de pura sangre, aunque nacido en la colonia de Samos. Su padre era maestro de escuela y su madre hacía de curandera. Desde muy joven, Epicuro debió de tener afición a la filosofía, porque cuando llegó a Atenas, el 323, para el servicio militar, ya había visitado las famosas escuelas de Jonia. El soldado empezó a dar muestras de su talento criticando a cuantos le habían precedido: Platón era una estatua de oro, Aristóteles un farmacéutico, Protágoras un portero y un amanuense de Demócrito, Heráclito un desordenado y Demócrito un charlatán. Zenón, como no había empezado aún a enseñar, hubo de escapar a sus críticas. Acabado el año de servicio, Epicuro regresó a las colonias del Asia. No sabemos a punto fijo dónde pasó los dieciséis años que median desde el 322 hasta el 306, en que definitivamente se instaló en Atenas, pero consta que el 310 esta-

Reconstrucción del altar de Pérgamo erigido en honor de Zeus con un original friso del basamento donde se representa la lucha de los dioses con los gigantes (Pergamon Museum, Berlín). La difusión de la nueva filosofía estoica obligó en la época helenística a construir grandes altares para demostrar respeto y agradecimiento al Dios Supremo, ordenador del mecanicismo del universo.

El filósofo griego Epicuro (Museo Barracco, Roma), que vivió desde 341 a 270 a. de Jesucristo, fundador de una escuela en Atenas llamada "El Jardín" y de una corriente filosófica que lleva su nombre. El epicureísmo es un arte de vivir cuyo fin es la felicidad del hombre. Pero ésta no puede alcanzarse abandonándose a placeres desenfrenados, sino disfrutándolos con moderación, en especial los espirituales, como la amistad y el goce intelectual.

Paisaje que se divisa desde la acrópolis de Pérgamo, oscura ciudad antes de Alejandro Magno, que a principios del siglo III a. de J. C. proclamó su independencia como capital de uno de los más importantes reinos del mundo helenístico.



ba Epicuro enseñando en Mitilene, donde "convirtió" a Hermacos. Éste debía sucederle como jefe de escuela, y en otra colonia de los Dardanelos, en Lampsaco, ganó a su causa a Metrodoro, que había de ser su discípulo predilecto.

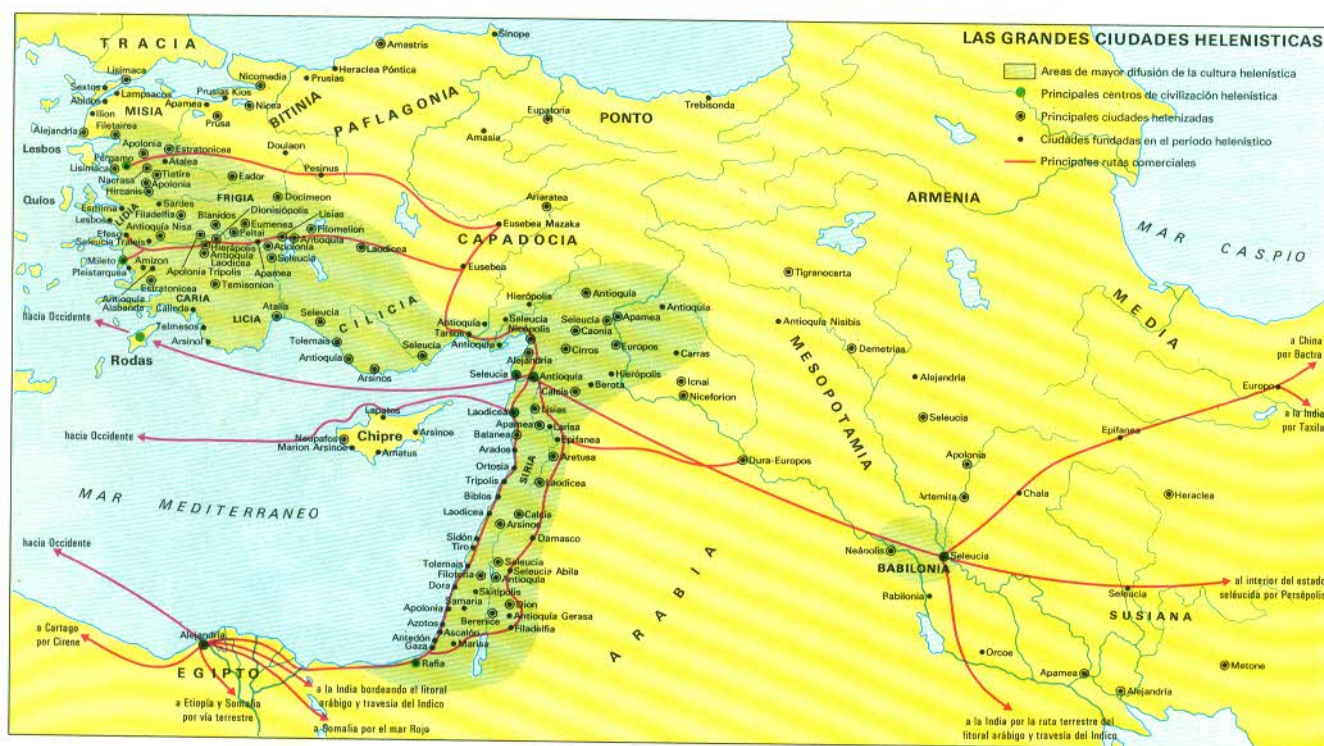
Con un séquito de gente de las colonias llegó, pues, Epicuro a Atenas, estableciéndose en un jardín que compró en las afueras de la ciudad por el precio de ochenta minas. Allí vivió, sin duda, con los recursos que le enviaban sus admiradores ricos de Lampsaco, aunque de la manera más sencilla y económica posible. Como detalle interesante cuéntase que Epicuro no permitió a sus discípulos que tuvieran las cosas en común, como los pitagóricos; la amistad debía ser suficiente motivo para que nunca careciese uno de lo que tenía otro.

Que los filósofos del Jardín debían formar una sola familia nos lo indican los cuidados que prodigó Epicuro a los huérfanos de aquellos de sus discípulos que murieron antes de poder educar a los hijos. Epicuro había tenido una naturaleza algo enfermiza, pero sin duda cuidándose bien llegó a los setenta y dos años de edad; murió de cálculos renales el 270 a. de J. C. En su testamento se preocupa principalmente de los hijos de Metrodoro, que eran menores de edad; los libros y el Jardín fueron para Hermacos, que ya hemos dicho que quedó como jefe de la escuela. En sus últimos momentos, sufriendo los agudos dolores que causa una enfermedad del abdomen, Epicuro tuvo fuerza para escribir a sus amigos de Lampsaco una carta que empezaba así:

"Os escribo en un día feliz, aunque sea el último de mi vida. Estoy atacado de disenteria y de dolores tan violentos, que nada puede imaginarse peor que mis penas. Pero el placer de recordar nuestras filosóficas conversaciones me compensa de mi aflicción..."

Hasta en sus últimos instantes, Epicuro recuerda el placer *-voluptas-*, un placer filosófico, pero placer al cabo, cuyo recuerdo mitiga sus dolores. En la hora de su muerte, Epicuro no piensa en los dioses o en la vida futura, ni da consejos para la acción. El día de su muerte es para el filósofo un día feliz, no hay por qué quejarse; si la vida ha sido buena, tanto mejor, y si ha sido mala, es una fortuna acabarla cuanto antes. ¿Por qué, pues, temer a la muerte, que es inevitable?

El nombre de Epicuro y de sus discípulos sugiere hoy la idea de una conducta egoísta de placer, sin participar en la acción más que para mantenerse sano y poder gozar de los más refinados deleites del cuerpo y del alma. Y es cierto que Epicuro no desdeña los goces sensuales, pero sabe muy bien que



abusando, y aun usando de ellos con moderación, le acarrearán más daño que placer. Famosa es la posdata de una carta a un amigo, en que Epicuro le pide que le envíe un poco de queso para poder regalarse sibaríticamente. Por lo común, se contentaba con pan y agua, y sus discípulos hacían experimentos para probar quién podría vivir más sobriamente.

He aquí un párrafo de Séneca, que profesaba el estoicismo y no puede, pues, considerarse interesado en el asunto: “Cuando llegáis al Jardín de Epicuro, lo primero que veis es una inscripción que dice: ‘Amigo, aquí vivirás contento; nuestro propósito es encontrar placer’. Y en seguida el guardián del lugar, un hombre bueno y amable, os ofrece un plato de sopas y un vaso de agua, y después os pregunta si habéis comido bien. Estos jardines —añadirá— no producen hambre, más bien la calman; aquí no causamos sed con bebidas fuertes, sino que apagamos la poca que tenemos con el agua, que no cuesta nada. Éste es el placer que nos permitirá llegar a viejos”.

Eliminado así el deseo de goces materiales, y por tanto de riquezas, Epicuro espera hallar su felicidad en una vida pacífica, rodeado de amigos. La amistad es uno de los más grandes goces para Epicuro; por esto sus discípulos la conservaron siempre, durante la época romana. El transigir, en caso de diferencia de opinión, fue casi un dogma para estos filósofos del placer.

Epicuro parte del principio de que la vida es naturalmente sana y agradable. El

hombre se atormenta a sí mismo no sólo con vanos deseos, sino también con falsos conceptos de los dioses y de la vida futura. Hay, pues, que eliminar estas causas de temor lo más pronto posible. Con un tratado-enciclopedia, compuesto de veintiocho libros de ciencias naturales, intentó Epicuro destruir la supersticiosa creencia en los falsos dioses que, según el vulgo, intervienen en el curso de los acontecimientos. No hay que temer los rayos de Zeus si éstos son tan sólo el choque de dos nubes. ¿Quién puede creer que sea un dios el que lanza la chispa, si ésta aniquila a justos y malvados, templos y casas, y hasta las mismas estatuas del dios del trueno? No; Tántalo no gime bajo el peso de una roca; el verdadero Tántalo es el que se martiriza a sí mismo con falsos temores.

Hay, pues, que sustituir el absurdo concepto del universo, regido por los dioses olímpicos, por un sistema científico que permita al alma vivir en paz. También Epicuro acude a Demócrito y a sus átomos para ex-

Ninfa con cantarillo en la mano, imitación de una estatua de Afrodita del siglo V a. de J. C. (Museo del Agora, Atenas). Las grandes obras escultóricas del clasicismo heleno sirvieron de modelo a los artistas postalejandrinos y fueron imitadas incluso en la época romana.



Altar circular con relieve de sacerdotisas oferentes (Museo de Delfos, Grecia). Para Epicuro, el temor a los dioses es una de las causas que impiden al hombre conseguir su felicidad. Pero no hay nada más inútil, pues los dioses son seres tan superiores que viven del todo indiferentes a la existencia de los hombres. Esto explica por qué en la ética epicúrea los dioses no desempeñan ningún papel.



LA DUDA COMO LIBERACION: EL ESCEPTICISMO

La atención a lo que nos rodea proporciona información acerca de las cosas. Aceptándola como verdadera, el hombre y los demás seres sensitivos pueden moverse en su ambiente y proyectar con éxito la conducta futura. Se requiere, pues, confiar en el conocimiento para poder optar entre las posibilidades que se ofrecen y contribuir activamente a su realización, siempre problemática. En este sentido, el saber cumple una función vital básica si se le presta adhesión y conformidad.

El hombre no siempre está dispuesto a dar por buena la primera versión de las cosas. Cuando éstas se vuelven ambiguas o pierden su consistencia porque han sido desposeídas de la ilusión que les daba relieve y atractivo, comienzan las suspicacias y surge una actitud marcadamente negativa: la duda. Al dudar se acentúan los riesgos y los desengaños del obrar directo y confiado. Se descubre que los planes e ideales son falaces y que es más "económico" no comprometerse en nada. En una palabra, los hombres se vuelven escépticos. Este término significa caviloso, pensativo. Los antiguos usaban, a veces, la voz *zetéticos*, literalmente buscadores, inquisitivos, como sinónimo. Ambos indican que los que dudan se abstienen de sentar una afirmación positiva y se limitan a referir su parecer subjetivo.

El escepticismo antiguo fue fundado por Pirrón de Elis (siglo IV-III a. de J. C.), que había tenido conocimiento de las creencias y actitudes religiosas de los orientales. De ellos pudo aprender que la fuerza perturbadora de las sensaciones placenteras o dolorosas depende en gran parte de la adhesión que el sujeto les pres-

ta. Quien logra tener lo sentido por mera apariencia variable, puede conservar su imperturbabilidad.

Pretendía Pirrón inculcar a sus discípulos esta actitud abstencionista. El escéptico ha de asistir como espectador incrédulo al curso de los acontecimientos. Se ciñe a lo que aparece, pero no lo confirma; no asegura que sea una realidad. La abstención de juzgar se denomina *epakhe*, y el no proferir opinión alguna, *aphasia*. De este modo, nada le altera. Vive como en un sueño. Siente, claro está, las impresiones de su cuerpo, pero como afecciones exteriores, algo que pasa a un acompañante transitorio. Las tolera, pero las tiene a distancia.

En sus diálogos, Pirrón hacía ver que la mayoría de los pesares del hombre provienen de imágenes amenazadoras o de ilusiones descabelladas a las cuales confiere valor de realidad. Si las reduce a lo que efectivamente son, a saber, producciones inconsistentes de su fantasía, consigue superar temores y esperanzas, y recupera la tranquilidad perdida.

A mediados del siglo III a. de J. C., el escepticismo se fundió con los seguidores de Platón y quedó constituida la llamada *Academia Nueva*, representada eminentemente por los dos jefes de escuela Arcesilao de Pitana y Carnéades de Cirene. Este último introdujo las nuevas doctrinas en Roma.

La filosofía había de tomar como modelo a Sócrates y su método. Oponiéndose al dogmatismo de los estoicos contemporáneos, los nuevos escépticos partían de que el filósofo es el primero que sabe que no sabe y que convence a sus interlocutores

de que lo que ellos creen saber son igualmente débiles opiniones.

La primera dificultad para poder asegurar que una proposición es verdadera es que no hay criterio o señal firme de su verdad; cualquiera que aceptemos debe, a su vez, estar afianzado en un criterio anterior que lo justifique, y éste de nuevo, con lo cual hay que retroceder constantemente en busca de nuevos fundamentos. O bien los asertos valen sólo porque se justifican entre sí, en un conjunto inseguro. El argumento negativo que acabamos de indicar tuvo gran resonancia y fue denominado *dialela*, ya que expone como las proposiciones no pueden dejar de apoyarse unas en otras (*di' allelon*).

Sin embargo, hay pareceres más aceptables que otros. Si no se puede afirmar que sean verdaderos, al menos se pueden admitir como probables. Se distinguen porque no encierran contradicciones, coinciden con otros pareceres sentados anteriormente y dan una visión conjunta del objeto o de la situación. Las opiniones probables son *persuasivas*, convencen. Otra cosa es que pretendan aproximarse a la verdad.

El escepticismo tuvo amplia difusión en Roma. Sus más conocidos defensores fueron Enesidemo, Agripa y Sexto Empírico. Este último escribió unas *Hipótesis pirrónicas* que sistematizan todos los argumentos escépticos. En el curso de su larga evolución, el escepticismo fue progresivamente dejando de ser una actitud humana adoptada en vistas a la conducta y a la felicidad, para convertirse en una doctrina teórica sistematizada.

F. G.



Estatua de Hermacrus, uno de los pocos discípulos de Epicuro en Mitilene, ciudad a la que llegó en 311 a. de J. C. y de la que tuvo que huir precipitadamente a causa de la reacción pública contra sus enseñanzas.

inexplicable perfección. ¿Qué adelantamos con valernos de un dios para mover la fábrica del mundo? Y aun suponiendo que este dios existiera, ¿por qué tenía que molestarse en su creación? Así evita Epicuro el problema del origen del mal, porque tampoco explica el origen del bien. Ambos, simplemente, existen y ello debe bastarnos.

Vemos, pues, que estoicos y epicúreos aceptaron el atomismo de Leucipo y Demócrito. Pero mientras los primeros lo concebían regido por un principio consciente, ordenador, éstos creían que los átomos "caían" al azar, movidos por la acción de uno de los cuatro elementos, el agua; el vapor acuoso es el que obliga a los átomos a reunirse para crear cuerpos y a componerse en materia con apariencia individuada.

El cosmos organizado con átomos impulsaba a estudiar las leyes físicas, caso que las hubiera, y el aspecto del Todo. Así fue

Crátera firmada por Asteas procedente de Paestum, localidad de la Magna Grecia (Museo Arqueológico Nacional, Madrid). A diferencia de otras ciudades itálicas que siguieron en todo momento la evolución cultural de Grecia, la antigua Posidonia sufrió una crisis en pleno siglo IV, perdiendo todo contacto con la madre Grecia, hasta tal punto que dejó de hablarse el griego. A principios del siglo III a. de J. C., una colonia romana allí establecida devolvió a la ciudad su prosperidad y su individualidad.



plicar el funcionalismo de lo que tiene alrededor; pero así como Zenón vio los átomos regidos por un elemento consciente y operando según un plan divino, Epicuro desdena este elemento espiritual; los átomos "caen" en el espacio, se agitan sin propósito, por necesidad, con su admirable belleza e

LOS TEMAS PIRRONICOS EN LA SEGUNDA ETAPA DEL ESCEPTICISMO: LA NUEVA ACADEMIA, CARNEADES Y ARCESILAO (SIGLOS III-II A. DE J. C.)

LA IGNORANCIA SOCRATICA RECOBRADA POR LOS ESCEPTICOS

"Arcesilao negaba... la existencia de alguna cosa que pudiese saberse: ni aun aquella única que Sócrates se había dejado... Y consecuentemente con estas consideraciones obraba de tal modo, discutiendo contra las opiniones de todos, que hacía cambiar de opinión a muchos, de manera que, demostrando que se hallan equilibradas las razones en este sentido contrario sobre los mismos argumentos, se lograba obtener más fácilmente la suspensión del asentimiento por ambas partes" (Cicerón, "Académicas").

NO EXISTE UN CRITERIO DE VERDAD

LOS SENTIDOS SE EQUIVOCAN

"Si existe alguna cosa comprensiva de algo distinto, ésta será la vista. Pero ésta no es comprensiva de nada... Cree, en efecto, comprender colores, magnitudes, figuras y movimientos, y no comprende nada de ella... Si comprende un color..., comprenderá también el del hombre; pero no lo comprende. Ya que él cambia según las horas, los actos, las naturalezas, las edades, las circunstancias, las enfermedades, la salud, el sueño, la vigilia, de manera que conocemos que cambia así, pero no conocemos lo que es en verdad. Por ello, si esto no es comprensible, nada más será cognoscible" (Sexto Empírico, "Contra los doctrinarios").

LA RAZON SE FUNDA EN LAS SENSACIONES

"No existiendo ninguna representación que sea criterio de verdad, tampoco será criterio de razón. Pues ella es guiada por la representación, y es natural, ya que, ante todo, debe aparecérselo lo juzgado, y nada puede aparecer sin la sensibilidad irracional. Entonces, ni el sentido irracional ni la razón pueden ser criterio de verdad" (Sexto Empírico, id.).

INUTILIDAD DE LA DIALECTICA

"Decís que la dialéctica fue creada como discriminadora y juez al mismo tiempo de lo verdadero y de lo falso. ¿Y de qué verdadero y de qué falso? ¿En qué campo? ¿El dialéctico juzgará qué es lo verdadero o lo falso en geometría, en las letras o en la música? Pero él no conoce estas ciencias. ¿Lo hará entonces en filosofía? ¿En qué le concierne a él saber qué magnitud tiene el sol? ¿Y de qué medio dispone él para poder juzgar cuál es el supremo bien? Y entonces, ¿qué es lo que él juzgará?" (Cicerón, id.).

SE REAFIRMA LA IMPOSIBILIDAD DEL CONOCIMIENTO

LA IMPOSIBILIDAD DEL CONOCIMIENTO FUNDAMENTA LA SUSPENSION DEL JUICIO

"No existiendo representación comprensiva, tampoco habrá comprensión, ya que ésta es el asentimiento a la representación comprensiva. Y no existiendo comprensión, todas las cosas serán incomprensibles (acataleptas), y siendo todas incomprensibles, se concluirá, también según los estoicos, que el sabio suspenderá su juicio. Veamos de qué manera: siendo incomprensibles todas las cosas por la insubsistencia del criterio estoico, si el sabio da su asentimiento, el sabio permanecerá en el campo de la opinión. Pues no siendo nada comprensible, si él asiente a algo, asentirá a lo incomprensible; pero el asentimiento a lo incomprensible es opinión. De modo que si el sabio se halla entre los que asienten estará incluido entre los opinantes, pero no hay sabio entre los opinantes (pues esto, según ellos, es causa de necesidad y de error); luego el sabio no se encuentra en el número de los que asienten. Y si es así, será menester que permanezca sin asentir sobre todo, lo que no significa otra cosa sino suspender el juicio. Luego el sabio suspenderá el juicio sobre todo" (Sexto Empírico, id.).

EL CRITERIO DE ACCION EN LA VIDA PRACTICA

LO PLAUSIBLE EN ARCESILAO

"Pero como después de esto era necesario indagar también en la conducta de la vida, que no puede darse sin un criterio de verdad, del cual también la felicidad, es decir, el fin de la vida, pueda obtener la confianza, indecisa antes, dice Arcesilao que quien suspende el juicio sobre todo, regulará elecciones, repudios y acciones en general con el criterio de lo plausible, y procediendo de acuerdo a este criterio obrará rectamente, pues por medio de la prudencia se logra la felicidad, y la prudencia se halla involucrada en el dominio de las acciones rectas, y la acción recta es aquella que, realizada, tiene una justificación plausible. Quien se atiene a lo plausible, pues, obrará rectamente y será feliz. Así Arcesilao" (Sexto Empírico, id.).

LA REPRESENTACION PERSUASIVA DE CARNEADES

"Interrogado también él [Carnéades] acerca de un criterio de la conducta de la vida y la conquista de la felicidad..., aceptó la representación persuasiva, la persuasiva y que no halla contradicción, y la examinada en todas sus partes... La representación tiene dos aspectos: uno relativo al objeto; el otro, al sujeto. Respecto al objeto es verdadera o falsa... Respecto al sujeto parece verdadera o falsa. La que parece verdadera se llama... persuasiva; la que no parece verdadera..., no persuasiva..." (Sexto Empírico, id.).

como se fomentó entre los estoicos y epicúreos un deseo de conocer la forma del cosmos y su más inmediata manifestación, o sea la Tierra. Dos últimos estoicos, ya algo desgajados de la escuela del Pórtico, se entregaron a estudiar el mundo físico y dieron principio a la geografía con su sistema actual de describir el planeta. El primero fue un filósofo de Rodas establecido en Atenas; se llamaba Penecio, y aunque no nos queda de él ningún texto que revele su manera de interpretar la forma de los mares y continentes con la gente que los habita, encontramos su sistema aplicado en su discípulo Posidonio. Éste se estableció en Rodas después de haber hecho un largo viaje de estudio por Occidente. Compuso con sus experiencias unas *Historias*, donde describe lo que ha visto desde Marsella al mar del Norte, y se da cuenta de la variedad de tipos de naciones. Posidonio fue muy apreciado de los estoicos romanos. Pompeyo se detuvo en Rodas al regreso de sus campañas y Cicerón fue a Rodas para aprender la filosofía física y moral de Posidonio.

Queda todavía la muerte. En este punto, las ideas de Epicuro recuerdan algo las palabras pronunciadas por Edison al cumplir sus ochenta años: "La unidad vital no es el hombre, sino un infinito número de elementos, diríamos átomos, que nos componen; al morir no nos aniquilamos, pero nos disgregamos en estos componentes espirituales". Al llegar aquí, creemos que al menos una parte de nuestros lectores se dirá: "Explicación lógica, ¿pero cómo es posible la moral, sin Dios y sin vida futura, no reclamada por Epicuro ni Edison?". Los chinos han tenido su moral sin estas "quimeras", responderán los epicúreos modernos. Y respecto a los antiguos, dice Epicuro: "El justo goza de una paz que no tiene el criminal". ¿Por qué? "Porque un día u otro su crimen será descubierto, y, aunque así no fuere, el temor de que lo descubran amargará su existencia..." El filósofo de esta moral utilitaria fue reputado como un santo por sus discípulos. Leamos unos párrafos de Lucrecio, que escribió un sistema del mundo doscientos años después de la muerte de Epicuro: "Cuando la humanidad, atemorizada bajo el peso de la religión, buscaba auxilio en el Olimpo, Epicuro se atrevió el primero a levantar los ojos al cielo sin asustarse de su aspecto. Ni la historia de los dioses, ni los rayos ni los truenos pudieron apartarle de su deseo de abrir las puertas del arcano de la naturaleza. Su alma atravesó los confines del mundo, y con la mente y el espíritu examinó el universo para decirnos lo que puede ser y lo que nunca será; lo que es cada cosa y de dónde no puede pasar".



Estatua de Metrodoro, uno de los discípulos de Epicuro durante su estancia en Lampsaco. También su mujer formó parte de la escuela y dejó obras escritas. A su muerte, que aconteció siete años antes que la de su maestro, éste tomó bajo su cuidado a sus hijos.

¡Qué sorpresa! Este pensador, que explicó la naturaleza de un modo satisfactorio, al menos para sus discípulos, es el mismo Epicuro que un día fue efebo chistoso en las milicias de Atenas, que después se convertirá en maestro del Jardín, y el mismo que vimos morir resignadamente de cálculos renales.

Resumiendo: tanto Zenón y los estoicos como Epicuro y los epicúreos se imaginan el universo formado de átomos que se mueven en el vacío; pero mientras Zenón cree que están movidos por un elemento casi "humano", consciente y con un plan, a Epi-

curo le parece más lógico suponer que se mueven por necesidad, fatal y ciegamente. Es el mismo contraste de opiniones que encontramos en la ciencia moderna: son los dos sistemas, el *teleológico*, que es el de Zenón, y el *mecanicista*, que es el de Epicuro. El contraste de estoicos y epicúreos, en moral, puede caracterizarse por dos palabras, que preferimos dejarlas en latín porque tienen un valor más amplio. Estas dos palabras son

virtus y *voluptas*. La *virtus* de los estoicos es algo más que virtud, es fortaleza, es piedad; la *voluptas* de los epicúreos no es voluptuosidad, sino placer espiritual y contemplación científica.

Otra diferencia entre estoicos y epicúreos es la participación que tomarán unos y otros en las contiendas de los hombres. El estoico cumplirá sus deberes políticos con religiosidad; si sus cualidades o su naci-

LOS ESCEPTICOS: LA IMPOSIBILIDAD DEL CONOCIMIENTO

LA FILOSOFIA ESCEPTICA ES, COMO LA ESTOICA O LA EPICUREA, UN CAMINO HACIA LA SERENIDAD POR MEDIO DEL CONOCIMIENTO DE LAS COSAS

"La causa principal del escepticismo es... la esperanza de conocer la quietud. Los hombres más generosos, inquietos por las contradicciones con las que se enfrentan, sumergidos en la duda y no sabiendo lo que es preciso aprobar preferentemente, vinieron a buscar lo que es verdadero y lo que es falso entre las realidades, a fin de que de este examen crítico naciese para ellos la quietud. El principio fundamental de las recomendaciones escepticas es oponer a todo argumento otro argumento, pues creemos de este modo llegar a negar finalmente el dogmatismo" (Sexto Empírico, "Hipótesis pirrónicas").

LOS LIMITES DEL CONOCIMIENTO: CONOCEMOS A TRAVES DE LOS SENTIDOS Y SOLO LA APARIENCIA DE LAS COSAS

"Convenimos, dicen los escépticos, en torno a aquello que, como hombres, estamos sujetos, porque reconocemos que es de día, que vivimos y muchas otras cosas que aparecen en la vida. Pero... sólo conocemos lo que sentimos. En efecto, consentimos en que vemos y sabemos que entendemos esto, pero ignoramos cómo vemos y cómo entendemos, y que esto se nos aparece blanco, lo decimos como simple expresión de nuestras impresiones, pero sin afirmar si tal es también en la realidad... Podemos afirmar el fenómeno, pero no que el ser en sí es así. Tenemos la sensación de que el fuego quema, pero no afirmamos que tiene una naturaleza ardiente. Y vemos que alguien está en movimiento y que alguien muere, pero no sabemos cómo sucede esto" (Diógenes).

NO ES POSIBLE EL CONOCIMIENTO DE LA ESENCIA DE LAS COSAS; POR ESO EL ESCEPTICO RENUNCIA A EMITIR SU JUICIO SOBRE ELLAS

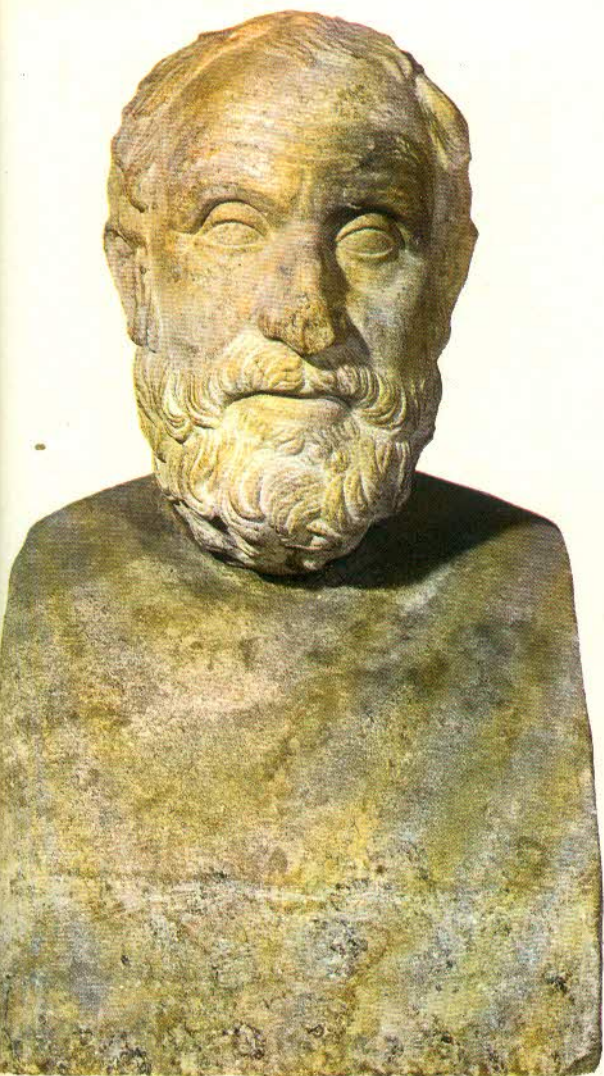
"Quien opina que existe algo de bien o de mal por naturaleza, se turba por todo, ya sea cuando no posee lo que considera bien, sea cuando cree que está atormentado por cosas que para él son males por naturaleza, sea cuando persigue los considerados bienes. Y si los obtiene, sufre mayores turbaciones, porque se exalta más allá de toda razón y medida y, temiendo el cambio, para no perder lo que considera bienes, hace lo imposible. En cambio, quien se halla incierto sobre la naturaleza del bien y del mal, no huye de nada ni persigue con ardor el logro de nada, y por ello se halla libre de turbaciones. Le ha sucedido al escéptico, pues, lo que se narra del pintor Apeles. Pues dicen que pintando un caballo y queriendo imitar con la pintura la espuma del caballo, tan mal le resultó, que renunció a su propósito y arrojó contra el cuadro la esponja con que limpiaba los colores del pincel, y que ésta, dando contra el caballo, produjo la imitación de la espuma. Pues también los escépticos esperaban alcanzar la imperturbabilidad por medio de la definición del contraste entre fenómenos y conceptos, y no logrando hacerlo, suspendieron el juicio; y de la suspensión del juicio, casi por azar, sobrevino para ellos la imperturbabilidad, del mismo modo que la sombra al cuerpo" (Sexto Empírico, id.).

EL CONOCIMIENTO SENSIBLE. UNA GUIA PARA LA VIDA PRACTICA

"Por todo lo que decimos sobre el criterio de la orientación escéptica, es evidente que nos atenemos a los fenómenos. Se dice criterio en dos sentidos: de aquello que se admite por la creencia en la existencia o inexistencia objetiva (de lo cual hablaremos al refutarlo), y de aquello que se acepta para el obrar, ateniéndose a lo cual, en la vida realizamos ciertas acciones y otras no. Vamos a referirnos ahora a esto último. Afirmamos entonces que el criterio de la orientación escéptica es el fenómeno, llamando así a la representación que tenemos. Pues considerando éste en la persuasión y afección involuntaria, no puede ser objeto de indagación. Por eso quizá nadie emite dudas sobre el hecho de que el objeto se nos aparece de esta manera o de aquella otra; pero, en cambio, se indaga sobre el problema si es tal como se nos aparece. Ateniéndose a los fenómenos, pues, de acuerdo con la práctica común de la vida, vivimos sin dogmas, pues no podemos vivir absolutamente inertes" (Sexto Empírico, id.).

LA NEGACION A ESTABLECER UNA DOCTRINA SOBRE LAS COSAS HACE QUE EL ESCEPTICO RENUNCIE A LA FILOSOFIA COMO GUIA DE VIDA

"Pero los que razonen así no comprenden que el escéptico no vive conforme a una doctrina filosófica (sobre este punto manifiesta seguramente una inactividad filosófica), pero, tomando la experiencia y la vida como guía no filosófica, es capaz de elegir y de evitar" (Sexto Empírico, "Contra los moralistas").



Busto del filósofo escéptico griego Carnéades, que vivió en el siglo II a. de J. C. Fue uno de los directores de la Academia Nueva, que, en su lucha contra el dogmatismo estoico, desembocó en una actitud relativista. Es preciso, pues, distinguir su filosofía del escepticismo propiamente dicho.

miento le han puesto en un lugar preeminente, intervendrá en la dirección de los negocios del estado aunque ello le disguste. En cambio, Epicuro no cesaba de aconsejar el retraimiento en política. Sólo aquellos que tengan exceso de energía, lo que podría calificarse de enfermedad mental, podrán desahogarse en la vida pública, como un honesto deporte. El genio práctico y religioso de los romanos debía de avenirse con la concepción moral del mundo de los estoicos, pero los griegos se sentirían más satisfechos con el sistema científico, casi artístico, de Epicuro.

Mientras en Atenas las cuatro escuelas de filosofía, la Academia, el Liceo, el Pórtico

y el Jardín, se afanaban por encontrar una fórmula de conducta filosófica, en las modernas ciudades helenísticas se continuaba avanzando en el campo de las ciencias matemáticas, físicas y naturales. Los principales centros de estudio eran Alejandría, Pérgamo, Rodas y Siracusa; allí se hacían grandes esfuerzos para coordinar los inventos anteriores y se lograban en casi todos los ramos resultados que sorprenden todavía.

Cara principal de un sarcófago que representa una escena de la mitología griega: la caída de Faetón (Museo del Louvre, París).



BIBLIOGRAFIA

Barth, P.	<i>Los estoicos</i> , Madrid, 1930.
Bréhier, E.	<i>Chrysippe et l'ancien stoicisme</i> , París, 1951.
Brochard, V.	<i>Los escépticos griegos</i> , Buenos Aires, 1945.
Brun, L.	<i>L'épicureisme</i> , París, 1969.
Capelle, W.	<i>Historia de la filosofía griega</i> , Madrid, 1965.
Cornford, L.	<i>Sócrates y el pensamiento griego</i> , Buenos Aires, 1964.
Dal Pra, M.	<i>Lo scetticismo greco</i> , Milán, 1950.
Dumont, J. P.	<i>La philosophie antique</i> , París, 1965.
Farrington, B.	<i>Ciencia y política en el mundo antiguo</i> , Madrid, 1965.
Festugière, A. J.	<i>Epicure et ses dieux</i> , París, 1946.
Goldschmidt, V.	<i>Le système stoicien et l'idée de temps</i> , París, 1953.
Marías, J.	<i>Historia de la filosofía</i> , Madrid, 1964.
Mondolfo, R.	<i>El pensamiento antiguo</i> , Buenos Aires, 1942. <i>Moralistas griegos</i> , Buenos Aires, 1941.
Nestle, W.	<i>Historia del espíritu griego</i> , Barcelona, 1961.
Reyes, A.	<i>La filosofía helenística</i> , México, 1959.
Usener, H.	<i>Epicurea</i> , Leipzig, 1887.



Representación de Terpsícore, musa de la poesía ligera y de la danza, frente a un sátiro en una ánfora griega (Museo Británico, Londres).